

...CAPÍTULO VI.
Piedad católica.

I. La piedad católica afemina.—II. Multitud de devociones pequeñas.—III. Vienen á ser cepos y obstáculos.—IV. Los devotos son los peores.

Después de la autoridad y de la institucion de la Iglesia, pasan á combatir algunos tambien los ejercicios que insinúa á los fieles, porque, á su modo de ver, achican al hombre y lo degradan con sus minuciosidades; vuelven tímidos, supersticiosos, afeminados y torpes á cuantos á ellos se abandonan. En hora buena una piedad moderada y una devocion desenvuelta; mas aquel misticismo exagerado, por el cual se apartan algunos de las conversaciones, de los entretenimientos del mundo, y se hacen esclavos de infinitas supersticiones, ¿quién lo puede tolerar? Además, los efectos muestran que semejantes personas, tan entregadas á la Iglesia, á la piedad y á la devocion, son las peores. Estos y otros discursos parecidos han venido á ser ordinarios en el mundo; y resultan tan funestos, que la verdadera piedad no tiene quizás enemigos más graves que todos estos moderados, discretos y sábios segun la carne. Examinemos separadamente sus discursos.

I. *Los ejercicios de la piedad cristiana vuelven afeminados, tímidos, torpes y supersticiosos á los que la practican.*—En primer lugar, ¿de qué ejercicios se habla? Los ejercicios de la piedad católica son principalmente la oracion, la santa Misa, la confesion y la comunion. Ahora bien. Ciertamente no hablarán de éstos, porque no ofenderian á los que los practican ó concurren á ellos, sino á Jesucristo, institutor divino de todos ellos. La oracion, que es el primero y más solemne acto del

culto, comenzó con el universo, porque es un acto sugerido por la misma naturaleza. En la Iglesia, después, por el ejemplo que dejó el divino Maestro, que pasaba noches enteras orando (*erat pernoctans in oratione Dei*), y por el mandamiento de orar que inculcó cien veces, comenzaron los Apóstoles súbitamente á enseñarla y frecuentarla con los primeros fieles, como está escrito en los actos apostólicos, segun los cuales la multitud de los creyentes era perseverante en la oracion (*erant perseverantes in oratione*). Luego no pueden hablar de ésta. La santa Misa es el verdadero sacrificio de la nueva Ley, divino en su institucion, el más grande y el más solemne acto del culto católico, como se hizo notar y definir en el Concilio de Trento. La confesion y la Eucaristía son dos Sacramentos fundados tambien por Jesucristo: el primero es de absoluta necesidad para el perdon de los pecados, y el otro para que la vida exista en nosotros, segun el divino Maestro. La palabra de Dios es el gran tesoro de amaestramiento que ha dejado Jesucristo á su Iglesia para que lo distribuya entre sus hijos. En todo esto nada indudablemente hay digno de reprehension: quien afirme que tales ejercicios vuelven *tontos, afeminados, etc.*, á los hombres, viene á inculpar á la eterna Sabiduría, que los estableció para los fieles.

¿Cuáles son, pues, los ejercicios que producen un efecto tan extraño? ¿Son acaso las obras prácticas de piedad que llamamos libres? Ninguno está obligado sino á lo que preceptúa la Iglesia santa. Por lo demás, como no vivimos en el mundo de la luna, sino en éste, tambien nosotros conocemos las prácticas á que los fieles se dedican comunmente, y por ahora no vemos el gran peligro de *entontecer* por razon de ellas. Estas (examinadlas cuanto queráis) se reducen á la oracion, al ayuno ó á la limosna, que son las tres grandes clases de buenas obras que las santas Escrituras nos indican como las más saludables, y que, obligatorias hasta cierto punto, ofrecen tambien campo al que se quiera ejercitar en obras de supererogacion. Las oraciones nos

dirigen á Jesucristo, á la Virgen y á los Santos: aquí no hay nada que ni por sombra pueda juzgarse supersticioso, por ser plenamente conforme al sentir de la Iglesia. Las penitencias, los ayunos, las austeridades, tomadas en medida conveniente, tanto no son ajenas al espíritu de Jesucristo, y tanto no vuelven *afeminados y tontos* á los fieles, que los hacen más bien fervientes y activos: tan conformes están con el espíritu cristiano, que la santa Iglesia, en los tiempos debidos, los prescribe como impuestos por el mismo Jesus. Decid lo mismo de la limosna, la cual es obra tan solemne de piedad, y está inculcada de tal modo á los fieles, que, como es sabido, el Redentor divino la puso sobre todas las buenas obras que se coronarian en el día final. Reprender, pues, por sí las obras de supererogación, en las cuales se ejercitan los fieles de continuo, es poco ménos que locura, por no decir impiedad.

Pero acaso el peligro estará en consagrarse demasiadamente á más de lo que reclama el deber, en orar y en macerarse mucho, así como en des- prenderse de todo. A esto contestaré: ¿qué discrecion sería reprender ciertas prácticas católicas, por producir efectos dañosos, cuando tales efectos provendrian sólo del abuso de aquéllas? ¿Quién se pone á declamar contra el pan, el vino, la carne, ó cualquier otro alimento sano, porque alguno, abusando, ha cogido alguna indigestion, ó se ha embriagado? Por lo demás, ¿no es admirable tanto celo contra los excesos de las prácticas religiosas en un tiempo en que tanto se olvidan del todo? ¡A fé que hay un gran peligro de que se ore demasiado, de que otros se maceren desmedidamente, y de que se despojen de sí mismos para vestir á los demás! ¡Las familias se arruinan, y los hombres pierden todos sus intereses por este desórden!

II. Disimulais, empero, replican, lo que nosotros queremos reprender; esto es, *aquellas muchas supersticiones á que los devotos se entregan: rosarios, escapularios, agnus Dei, cruces, medallas, y qué sé yo*, con las que nunca concluyen de

asordarnos las orejas y de perturbar las conciencias, tornando, no sólo á las mujeres, sino tambien á los hombres, imbéciles y estúpidos. Verdaderamente yo queria disimular todo esto, para discutir aquí solamente con católicos, y no con protestantes. Porque, advertido bien, una cosa es que tales medios se dejen á la libertad de los fieles, que pueden usarlos ó no, segun lo juzgen oportuno, y otra que se puedan condenar como supersticiosos. Lo primero es certísimo: lo segundo falso por completo, y totalmente de protestantes. Cuantos conozcan los dogmas católicos del culto de los Santos y de la veneracion de las sagradas imágenes y reliquias, no pueden negar es un acto laudable tener en mucho y honrar las cruces, las medallas y los *agnus Dei*, que no son más que imágenes de Cristo, de la Virgen ó de los Santos, expresadas en metales ó en cera. Todo el que conceda que no es malo venerar á la Virgen y servirse de alguna señal á fin de recordarla, no podrá decir la menor cosa nunca contra el rosario ó el escapulario. Quien sabe que en la ordenacion sacerdotal se confiere al ministro de Dios el poder de que cuanto bendiga quede bendecido, no podrá encontrar nada reprehensible en la confianza que á los fieles inspiran los objetos que han sido santificados con la bendicion sacerdotal. No hablo de los tríduos, de las novenas, ni de cosas semejantes, porque constando de oraciones, de predicaciones sagradas, ó de lo uno y de lo otro, criticarlos no es más que condenar la oracion, ó la palabra de Dios, cosa peor que lo que hacen los protestantes, que no insultan siquiera la una ó la otra.

Restaria sólo examinar si estos objetos usados por los fieles tienen el don de achicar las ideas, de restringirlas, y de hacer á los hombres supersticiosos. Mas entónces preciso sería calificar súbitamente de tales á los más grandes Santos de la Iglesia, quienes tuvieron en tanto siempre todas estas prácticas, puesto que no se hallará ninguna que no fuese por ellos usada, y que no inculcasen con gran fervor á los fieles, defendiéndolas contra los que las

impugnaban, de lo cual quedareis convencidos si examináis sus vidas.

La razón por la cual no conocen su error los que reprenden semejantes prácticas, es que, á fuerza de sofismas y de vida mundana, han llegado á ser tan paganos en su modo de pensar, que á sus ojos no merece estimacion sino lo que tiene una grandeza material. La exactitud en los propios deberes, el fervor de la piedad, el culto sincero del Señor, un corazón afectuoso hácia Dios y reverente hácia los Santos, no son nada para ellos: no saben cómo comprender cómo hacen muchos tanto caso de ello y procuran con afán conseguirlo. Mas éstos, ¿que dirán de Jesucristo, del cual el Evangelista nos hace saber que despues de la cena daba exactamente gracias (*hymno dicto*), y que al rogar estaba reverentemente de rodillas (*positis genibus*)? ¿Qué dirán los que hallan fastidioso y nada filosófico el Santo Rosario, por aquella continua repetición de lo mismo, cuando vean que el santo rey David repetía en un sólo salmo hasta catorce veces las mismas palabras, y que el divino Maestro hacía lo propio en el huerto (*eundem sermonem dicens*)? ¿Qué dirán de nuestras señales de la cruz estas sublimes inteligencias, cuando lean en Tertuliano, y en otros autores antiquísimos, que nuestros grandes padres de la fé, que habian recibido las primicias del espíritu, nada sabian hacer sin comenzar por la señal de la cruz? Y sin embargo, tan poco dispuestos estaban á temer, que, en vez de temblar, sus señales hacian palidecer á los prócsules. ¿Qué dirán al leer que Francisco Javier guardaba y queria tanto una imágen de Jesucristo, que, no doliéndose de ser blanco de las saetas de los bárbaros, se lamentaba de haberla perdido? ¿Qué del beato Acevedo, que no temía los puñales de los herejes de Holanda, por los cuales era degollado, pero sí que le robasen una imágen de María que tenía estrechamente empuñada? ¿Qué dirán al leer de San Alfonso de Ligorio que, dada cuenta de vários escapularios, protesta por último cándidamente que todos los lleva encima para ser más y más

protegido por María? ¿Qué dirán, finalmente, de todos los Santos, que, sin excepcion, han amado tan tiernamente todas estas industrias de la piedad cristiana, como es óbvio y consta en sus vidas? ¿Queremos creer que fueran *afeminados*, *ton-tos*, etc. etc.? Dejaron en el mundo huellas más vastas que las de los que los reprenden: en cuanto á grandeza de ánimo, constancia y magnanimidad, no debian ser escasas, puesto perseveraban en una vida que á la generalidad de los hombres parece imposible. Yo me avergüenzo ahora de hacer esta defensa.

Más bien quiero, lectores, invitaros á que reconocáis con vuestros ojos en casa de quién están la vileza, la esclavitud, la timidez y la pusilanimidad. Quizás no lo creereis; pero están precisamente en casa de aquellos jactanciosos á los cuales repugna la piedad católica, y juran que sus grandes almas no pueden respirar entre las angustias de nuestras supersticiones. ¡Oh! ¿Si supiéseis lo que son en su interior! ¿Si lo supiéseis! Son más abyectos que aquel fango que huellan todos los dias. El respeto humano los transporta por el aire, el temor les agita como si fuesen hojas, el mundo les hace dar vueltas como búfalos, y todo perdido que lo quiera les impone el yugo bajo el cual gimen despues, y continúan llevando, porque no se atreven á respirar. Muchos de ellos han recibido tal educacion, que no pueden desconocer la verdad de la fé católica, y por tanto la santidad de sus misterios y la sabiduría de sus leyes, por lo cual no pueden olvidarlas impunemente sin tener remordimientos de conciencia. ¿Qué hacen, sin embargo? Seguid sus huellas y los a-breís. Si practican algo aún el Cristianismo, es preciso que lo hagan cien palmos debajo de tierra, en lo más hondo de su propia casa, donde ni los hermanos, ni las hermanas, ni los criados lo sepan, porque sería una vileza dejarse sorprender en un acto cristiano. Si han de penetrar en una iglesia, principian á sentir sudores, y miran á su alrededor como si debieran entrar en un mal sitio. Si, finalmente, han saltado el foso, es preciso que se pre-

senten con cierta desenvoltura que haga creer están allí con los demás, pero no como los demás. Morirían de horror si pudieran sospechar que alguno los juzga píos y religiosos; por lo cual hablan, galantean, rien, fastidian á todas las muchachas, con su persona en tensión; con la cabeza tanto más levantada cuanto más vacía, con la frente proterva, con un aire despreciador y de vanagloria que da compasion y causa horror al propio tiempo. Ahora bien: ¿Qué es todo esto? Es valor civil y grandeza de ánimo, digna de tales héroes.

Seguidles despues en los círculos ó en las conversaciones, y vereis las vilezas asquerosísimas de estas almas de fango. Si tropiezan con quien habla como incrédulo ó blasfema como ateo, es preciso que le den la razon, á fin de que nadie crea que tienen escrúpulo de blasfemar; y es preciso á su vez que hablen de la propia manera. Es moda hoy hablar frecuentemente de religion y de iglesia; tanto se habla, cuanto ménos se sabe de ellas. Pues bien. Es preciso que tengán á la mano todos los lugares comunes de los incrédulos; que den una estocada al Catolicismo y una incensacion al protestantismo; que digan una insolencia contra los Sumos Pontífices, ó una villanía contra el clero: hoy se hace de los milagros un objeto de irrision, despues un párrafo sobre el fanatismo, luégo una befa sobre la confesion, más tarde chacotas sobre las indulgencias, y así sucesivamente. No es que al hacer esto ignoren que cometen una impiedad, sino que el miedo de que se les considere fanáticos, supersticiosos y jesuitas no los deja obrar bien. Siempre resulta el mismo valor civil.

Si luégo se hallan solos entre sí, entónces el espectáculo es completo, mas de tanta infamia y vergüenza, que da náuseas. Se temen recíprocamente, aunque se desprecian en su corazón; hacen todo lo que pueden para mostrarse despreocupados, y las preocupaciones más groseras les mandan como tiranos: como el único medio que tienen de distinguirse es afectar audacia contra Dios, no hay que decir cómo lo tratan. El miedo de parecer tímidos en el

mal les conduce á todas las fealdades del vicio, á todas las impurezas de la carne, á todos los insultos de las cosas santas; á la atrocidad, en fin, de las sectas; de las conjuraciones, de las matanzas y de la apostasia de la fé. Siempre temblando por una parte, y siempre incapaces de retraerse por otra. El mundo les impone todos los yugos que quiere; ellos, con toda la independencia de su corazón, y con toda la excelsitud de sus grandes almas, piensan y hablan segun otros quieren: van y vienen, se paran y marchan adelante á voluntad de otros, como á voluntad de otros matan y se hacen matar, sacrificando su ventura, la paz, el dinero, el amor á la familia, y despues el alma, Dios y la eternidad á cuatro malvados, que á su vez hacen lo mismo en presencia de otros más criminales que ellos. Hé aquí el valor civil de estas almas eminentes que se hallarian oprimidas entre las prácticas de la piedad católica, por lo cual las condenan. ¿Vale verdaderamente la pena de hacer mucho caso de sus declamaciones?

III. Mas no puede negarse, continúan, que la piedad pone trabas excesivas á los infelices que la profesan. Lo prueba eso de apartarse del mundo y escrupulizar en todo; de temer si el vestido está un poco más escotado, el teatro muy poco más atrevido y la conversacion un poco más alegre; de alejarse de una casa porque hay peligro, y de no ir á otra porque habla el mundo, y mil esclavitudes como éstas. Pruébalo eso de ir á la iglesia á todas horas, y estar siempre confesando y recibiendo la Comunión, que constituye el escollo en que chocan todos los que más exactamente practican el Catolicismo.

Para responder á todo este conjunto de dificultades confusamente reunidas, se necesitaria un libro, porque cada cosa requeriria las oportunas aclaraciones y definiciones; con todo, para decir á lo ménos lo que basta en general, observaré primeramente que no niego puede hallarse un alma buena que, exagerando un poco los peligros, lleve demasiado adelante sus temores; mas tal inconveniente lo repararia cualquier confesor prudente

que la iluminára: no debiera echarse la culpa á la piedad católica de lo que sería defecto (y no tan censurable) de algun individuo. En segundo lugar, hablando á la mayoría de los que se quejan de tantas estrechuras, haré una suposición: Fingid que, movido por estas quejas, cambiando el estilo, diera yo una leccion en los términos siguientes. Ea, pues, ¿á qué viene devanaros los sesos y angustiar la conciencia para ver á dónde debéis ir y á dónde no, como tambien si el alma vuestra puede sufrir ó no daño? Burlaos, reid, charlad, vestid y divertíos con toda la libertad querida por el mundo. No os disgusteis con tantas prácticas de piedad y con tantos ejercicios melancólicos. Una misa en los días de fiesta, una comunión por Pascua y una confesion anual, os bastarán para ser cristianos. Si prosiguiese dando la leccion á este tenor, ¿qué diríais de mí, lectores, aun cuando no fuérais unos Santos? ¿Qué dirian aquéllos que tanto deploran la inmoral relajación de los jesuitas? Pues bien. Cuando suscitais todas las dificultades sobredichas, venís, por la razon de los contrarios, á establecer toda esta relajación: si cometeris yo culpa predicándola, ¿cómo no la cometeréis vosotros al pretender que se os permita?

Es necesario, á fin de decirlo claramente una vez, ignorar completamente la doctrina de Jesucristo, para no conocer que debemos ser santos de cuerpo y de espíritu; que debemos huir de las ocasiones peligrosas de la culpa; que tales son la libertad de la conversacion y del trato, el lujo desenfrenado, la desnudez escandalosa, y el amor al mundo; que para mantener en el corazon las virtudes cristianas es preciso ejercitarse en las obras de la fé, frecuentar los Sacramentos, vivir siempre con el santo temor de Dios, y obrar, como el Apóstol dice, con saludable miedo sobre la propia salvacion. Hacer todo esto no es timidez, servidismo, supersticion, sino llevar una vida católica, segun el Evangelio, é imitar á Jesucristo: quien así no obra, no es escrúpulo lo que siente, sino remordimiento.

Alguno insistirá diciendo *que ya no es de moda obrar así; que ahora, gracias á los tiempos cambiados, no es ya peligroso conversar recíprocamente, porque se hace con tanta inocencia...*—No prosigais, porque la moda nada tiene que hacer aqui; si Jesucristo no ha cambiado, suspendido ó abrogado su ley, preciso es observarla. Los cristianos no tienen más regla que Jesucristo, y aun cuando el mundo todo se opusiere á El y lo contradijera, no se mudaria por esto. Por lo que hace á las conversaciones, como no quiero exagerar las cosas, os concederé que se puede hasta cierto punto vivir en el mundo y usar de él sin daño de la conciencia, con tal que se adopten las debidas cautelas de una sábia moderacion y de un temor aún más sábio, como lo hacen muchas personas temerosas de Dios; mas que se pueda tratar muy francamente con toda clase de personas, é ir á ciertos bailes, tertulias y teatros, donde son abiertamente escandalosos los trajes, disolutas las conversaciones é inmorales los espectáculos, sin sufrir daño, y esto confesando una vez anualmente y recibiendo otra la Comunión, hecha Dios sabe cómo, ni yo, ni vosotros, lectores, podreis creerlo, como el cambio de los tiempos no haya cambiado tambien la naturaleza de los hombres y de las cosas, y hecho que la juventud no tenga ya pasiones, ni la hermosura incentivos, ni los discursos persuasión, ni las liviandades atractivo, y, en una palabra, si no ha vuelto á los hombres imbéciles y estúpidos. Hé aquí por qué, llamad misticismo, exageracion, y cuanto querais, al retiro, á la cautela, á la fuga de los peligros, y al ejercicio de la piedad propia de los católicos que saben el nombre que llevan: nunca lo grareis que lo dicho no sea necesario.

Con esto deberian quedar convencidas dos clases de personas que tienen de ello especial necesidad. A la una pertenecen aquellos que, si no con mala voluntad, á lo ménos con poco juicio, recomendarán vivamente que no se exagere la devocion, y que no se lleve demasiado léjos. No distinguen fácilmente la exageracion del fervor, y como las pasiones, y

principalmente el amor al mundo, les ciegan, califican de excesivo lo que verdaderamente no lo es, y alejan de la verdadera piedad á los que acceden á sus deseos. No hay que decir cuán funesta eficacia tienen para ello. Si predicasen abiertamente el luteranismo ó el ateísmo, nada conseguirían, porque, indignados y llenos de hastío, huirían todos; pero aquella moderación, por el contrario, y aquel color de sabiduría con que cubren su tibieza en el servicio divino, hace creer que hablan sólo con buen fin, y áun por interés de la verdadera piedad, gracias á lo cual persuaden y seducen.

Esta seducción destruye, por fin, en su raíz la piedad verdadera, porque la prudencia ó la discreción es un viento glacial que apaga todo ardor. La religión no es sólo ciertamente sentimiento y amor, como dicen algunos beatos y sentimentales, porque también hay en ella fé, principios, razón y deber: mas sin duda es igualmente sentimiento y amor. Pregunto, pues: ¿quién ha dicho nunca que el sentimiento se mida por onzas y el amor por dracmas? ¿No veís que apenas quitais á un corazón los transportes y los ímpetus, le habeis quitado el amor? No puede haber cosa más perniciosa que la de inculcar tanto la prudencia, y decir diariamente que la religión es buena, pero despues...

La otra clase se compone de los que hacen de verdaderos apóstoles del mundo. Apenas ven una persona (soltera ó casada, es lo mismo) que se aparta un poco del mundo; que rehusa vestir segun todas las modas; que se resiste á recorrer todos los bailes, todos los teatros y todas las tertulias; que quiere frecuentar, en fin, un poco más las iglesias y los Sacramentos, se ponen de subito á su lado, y no la dejan en paz. Hoy la ruegan que concorra á una comida sólo porque á ella van tales amigos y parientes; mañana se ha de oír un concierto, porque es muy virtuosa la que canta; al dia siguiente hay en la ópera un baile maravilloso, y al otro en la comedia es donde un gracioso hace morir de risa. Y luego la danza, y despues la reunion, y más tarde la tertulia: en conclusion, se tiene prontas siempre

mil ocasiones de solaz en esta ó en la otra casa, á las que dicensé debe concurrir por mil títulos, conveniencias y razones.

Si todo esto no basta á convencerla, entran también, como excelentes maestros que son en la parte espiritual: que no hay inconveniente alguno; que gracias á Dios, ni áun ellos tomarian parte si la cosa no fuera muy conveniente; que lo hacen hasta tal y cual, que son de conciencia escrupulosa; que es preciso no ser raros ni dar en excesos; que la piedad no se opone á una honesta diversion; que es necesario hacer y vestir como los demás, y así sucesivamente á tal tenor insisten tanto uno y otro dia, que es indispensable, ó despedirles disgustados, ó romper con ellos, ó pronunciar un sí que la conciencia y la piedad quisieran omitir.

Sé bien que no todos los que hacen este papel lo hacen con gran malicia para desviar al prójimo del bien, aunque no faltan algunos que llevan tan diabólico pensamiento: lo hacen muchos por una mal entendida amistad y porque, como son mundanos, no creen que otros puedan vivir contentos sin aquellas vanas diversiones: la mayor parte, empero, segun he observado frecuentemente, lo hacen para quitarse un secreto remordimiento del corazón. La fuga del mundo y el amor á la soledad, que á veces se nota en un buen amigo ó en una buena amiga, viene á ser un tácito pero agudo reproche al que, dado al mundo, lo ama muy apasionadamente: ¿qué hacer, por consiguiente? Para no tener en aquel un acusador de su propia mundanalidad, procuran hacerle cómplice.

Sea, empero, cual fuere el motivo por el cual lo hacen, es difícil que comprendan el daño que á las almas ocasionan, porque hay en el mundo personas que, ó se apartan realmente de aquellos peligros y viven bien, ó no saben tomarlos con medida, ni huir en ellos de la culpa. Otras hay que, si no caen gravemente, hállanse de mil maneras perturbadas. El mundo las fascina; las pasiones las conmueven; su mente se distrae; pierden el amor á la piedad y á la devoción; se quedan sin la celeste atracción

que á orar las llevaba, y, comenzando á desear placeres, se colocan en la pendiente de las prevenciones. Y esto sin decir nada de la pérdida del mérito y de las gracias ulteriores que hubieran logrado con el sacrificio que se proponían hacer de algunos entretenimientos y diversiones que tanto ama generalmente nuestra corrompida naturaleza.

A este propósito, dignas son de ponderarse mucho las lágrimas amarguísimas que San Agustín derramó sobre su amigo Alipio. Invitado éste una vez al espectáculo del Circo, fué con gran disgusto, y sólo con el fin de contentar á vários amigos que le importunaban. Pero qué? Si la vez primera fué á la fuerza, no así la segunda; porque, dominado por una fogosa pasión, no se sabía apartar ya, por mucho que Agustín le indujese. Pues esto mismo ha pasado y pasa todos los días en el mundo á muchísimos jóvenes y muchachas. Al principio van al mundo para complacer á otros: despues no pueden estar distantes de él, para complacerse á sí mismos. Antes bien, no vacilo en afirmar que de todos los que han recibido una educación religiosa, la perversion no llega casi nunca por otro camino que por éste. Vean, pues, qué peso de almas se arrojan al cuello los apóstoles y las apóstolas del mundo.

Mucho más que, por nuestra gran desventura, el peligro de los excesos es algo remoto. Vivimos en medio de una sociedad corrompida por vicios de todas clases, y á la juventud que crece en ella disgustale realmente lo piadoso: y se inculca la discrecion y se temen los excesos! Ea, pues. ¿Qué diríais de mí si, presentándome á vuestros servidores, les pronunciará este sermón: que vosotros, criados, trabajéis para los que os pagan, es justo; pero que os rompáis la cabeza, que veleis por las noches, que os consumáis en sudores, y que altereis vuestra salud, es demasiado: es un exceso. Tomad las cosas con calma, sin fatigaros: *moderata durant*. ¿Qué diríais de mí en este caso? Sucedia precisamente que vinísteis también á recomendar la discrecion, como si no la conocieran bastante, y como si la pereza natural no les hubiera enseñado más que el

deber, hasta el punto de necesitarse arganas para moverles. Por qué no decís lo mismo á estos grandes predicadores de la discrecion en cosas de piedad? No creéis que á cada uno la recomienda demasiado su negligencia nativa y su propia sensualidad?

Fuera de que hay otra razon más profunda, que ruego, ponderen mis lectores. La religion práctica, ó tiene algun fervor, ó con dificultad es algo. Una mujer ilustre, aunque protestante, madama de Staël, escribió que la religion era todo ó nada: si bien se comprende tal proposicion, es de todo punto exacta. Porque, ó la religion ocupa la mente, y descende hasta el fondo del corazon, y entonces regula los pensamientos, las palabras, las obras, la vida entera, manifestándose en todo, lo cual vemos pasa, no solamente á los Santos, sino tambien á ciertas familias cristianas en medio del mundo, para las que la religion es la regla de cuanto hacen, ó bien no entra en la mente y en el corazon sino superficialmente, y entonces no tiene eficacia de ninguna especie, no bastando para impedir el mal, ni tampoco para obrar el bien cuantas veces una pasión más viva se pone de por medio: se reduce su operacion casi á la nada. Si esto es exacto para todos, es certísimo para la juventud, que se gobierna por imaginacion, afecto y sentimiento, más que por razon y discurso.

En el siglo pasado, una mujer insigne fundó una casa de educación para jóvenes; con mucho ingenio, y con la inmejorable voluntad que tenía, durante algunos años intentó formar jóvenes bien educadas y discretas. Temia tambien, empero, demasiado que fuera exagerada la piedad. «Queríamos, escribe ella misma, una piedad sólida; pero alejada de todas las pequenezes de los monasterios, elevacion de espíritu, máximas escogidas, elocuencia en las enseñanzas, libertad en las conversaciones, buen humor en la sociedad, un fervor más sublime y un descuido de las prácticas de las otras cosas. Si hé aquí lo que queríamos.» Esto es, lo que ahora quieren en el mundo todos los moderados y

discretos en las cosas de la piedad. Mas, añade luego, hé aquí á dónde llegamos; y desengañada del todo por la experiencia de los frutos amargos que habia recogido, prosigue sosteniendo en su lugar todo lo contrario, y dice: «Debíase volver á todas las virtudes, practicándose precisamente como se practican en los monasterios: á las virtudes evangélicas; á saber: la humildad, la modestia, la pureza, el fervor en las prácticas más sencillas, más humildes y más cordiales, el despego del mundo, el desprecio de sí mismo, el amor de Dios, y la frecuencia de los Sacramentos.» Así ella: ¡Ojalá permitiese Dios que esta verdad fuera profundamente oída por ciertos educadores y educadoras de la juventud, y sobre todo por ciertos padres, que creen haber hecho bastante para la religión y la piedad de sus jóvenes, porque dan media hora de clase de religión, y aquellas devociones impresas que se han de ejercitar en momentos determinados, con una ligereza y superficialidad increíble! Comprenderían cuán poco es esto y cuánto debe emplearse para obra tan grande mayor aplicación y fervor de espíritu, á fin de conseguir frutos preciosos de santas costumbres y de obras saludables. ¿Por qué se ven tantos y tantas en el mundo que se declaran católicos en cuanto á la creencia, y que son, empero, tan mundanos por lo que hace á la vida? Son católicos moderados..., discretos..., que no quieren exagerar.

A los que son atormentados por las importunas predicaciones de dichos celantes, recordaré sólo la respuesta que una sabia y noble señora dió á uno que nunca concluía de recomendarla la discreción: «Señor, le dije; yo no seguiré ninguno de vuestros consejos.—¡Oh! ¿Por qué?—Porque veo que los tomáis demasiado para vos mismo.»

IV. Resta, finalmente, un dardo último que se dirige contra la piedad; se saca de los defectos de las personas devotas. ¿No veis que las personas más entregadas á la piedad son inquietas, inconstantes, hipócritas, llenas de vicios, y peores que las demás? Por el fruto se conoce la planta. Uas que el

pacio, pues, con tales afirmaciones. Primeramente, no niego que aun entre las personas que muestran piedad, hay de aquellas que sólo la fingen: esto no puede negarse; mas me parece tambien que se inculpa entónces malamente á la piedad verdadera, por el vicio de los que sólo tienen la simulacion de la misma. En vez de gritar, pues, que los devotos son peores que los demás, será preciso decir que son los más malos los que se fingen devotos sin serlo, cosa que todos concederán sin dificultad. Hasta se hallarán de acuerdo con la Iglesia santa, que es la primera en proscribir á los que desacreditan la piedad cristiana con sus hipócritas simulaciones.

En segundo lugar, concederemos gustosamente que aun los de verdadera piedad no se hallan sin defectos, porque la circunstancia de tener algunas virtudes no implica la posesion de las otras, y el guardarse de pecados graves no lleva consigo la exencion de los leves. Mas en este caso debe decirse, con Santa Teresa, que no tienen mucha razon los libertinos para quejarse de las personas devotas. ¿Qué pretension la de que un hombre pío y devoto haya de ser *ipso facto* impecable, hasta el punto de que deban aquellos escandalizarse si notan en él algo de humano! ¿Es justo que murmuren y muevan ruido y vayan por esto á divulgar todas sus miserias? Al fin los devotos no son de naturaleza distinta de los que no tienen devocion. Hacen ya mucho combatiendo las pasiones más graves que se levantan contra ellos, y quedando victoriosos: si no consiguen aún librarse de los defectos menores, ¿no es una injusticia solemne murmurar por esta razon de ellos, y despreciarlos?

Es tanto mayor la injusticia, cuanto los que así les insultan no ven luego sus enormes iniquidades, sin embargo de tener un ojo muy fino para distinguir las miserias de los demás. Porque, díganlo claramente; ¿dónde se hallan los excesos mayores que se cometen? ¿Entre las personas devotas, ó entre las que de ellas se burlan? No dudó que la conciencia hará dar á todos una contestacion sincera. Si las

personas devotas tienen sus impacencias y sus curiosidades, no echan las imprecaciones rabiosísimas, ni dicen las furiosísimas blasfemias que salen de los lábios de los libertinos. Si tienen sus vanidades y sus ambiciones, no tienen aquella soberbia vil por la que los otros blasfeman hasta el cielo. Serán, si quereis, interesadas y tenaces; pero no son de las que chupan la sangre de otros con las usuras y con las rapiñas. Serán charlatanas y curiosas, pero no de las que sólo viven de lo mundano, y se sumergen en todas las fealdades de los sentidos. No se distinguen por la impiedad, la irreligion, la incredulidad y las disoluciones. Estos no son los pecados de los devotos, si no de los que se burlan de la impiedad. Apelo al buen juicio de todos los lectores. La razon exigiria, pues, que los llenos de tumores no mirasen las verrugas de otros, y que ántes de declamar contra los extraños, viesen cómo están en su casa.

Por lo demás, los defectos mismos de las personas devotas disminuyen á medida que crece la piedad, como lo acredita la experiencia. Y el mundo, por malo que sea, no deja de ver ejemplos señaladísimos. ¿Quién no conoce entre sus conciudadanos mujeres admirables que, maltratadas por maridos brutales todos los días, los soportan, sin embargo, con heroica paciencia muchos años, sin dejar casi traslucir fuera la cruz que llevan, de un peso sólo conocido por Dios? ¿Quién no ha conocido tambien algun hombre á quien tocó por suerte una mujer malvada por esposa, con la cual es un infierno la vida, pero á quien lo cambia el amor divino en un saludable purgatorio? ¿Quién no ha conocido jóvenes y muchachas mantenerse en medio de graves peligros que las asediaban, hasta en la casa paterna, firmes en todas las pruebas? Ahora bien. Si habeis conocido almas tales, ¿las habeis hallado en las filas de los devotos, ó de los mundanos? ¿Son de las que se confortan en la Iglesia con la oracion, con los avisos que reciben de un confesor prudente y con el Pan de los ángeles, ó de las que, ajenas á todo esto, no piensan sino en el mundo, en sus va-

nidades y en sus placeres? Dése cada uno á sí mismo la respuesta, y hallará que la piedad no restringe el corazon, sirviendo aún de algo; finalmente, aunque no sirviera para nada más, ¿sabeis para qué valdria? Para soportar pacientemente á los que se burlan de la piedad. •

BIBLIOTECA CENTRAL